

Luis Verdesoto
Coordinador

Un debate acerca de las relaciones entre la Región Andina y España



Seminario Internacional "La Región Andina y España: hacia una reformulación de sus relaciones (2010 : mar. 3 y 4 : Quito)

Un debate acerca de las relaciones entre la Región Andina y España / coordinado por Luis Verdesoto Custode. Quito : FLACSO, Sede Ecuador, 2012

208 p. : gráficos, mapas y tablas

ISBN: 978-9978-67-359-1

COOPERACIÓN ECONÓMICA : AMÉRICA LATINA : PAÍSES ANDINOS : ESPAÑA :
UNIÓN EUROPEA : AYUDA AL DESARROLLO : MIGRACIÓN : POLÍTICAS
MIGRATORIAS : COMERCIO EXTERIOR : POLÍTICA EXTERIOR :
RELACIONES INTERNACIONALES.

337.1 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.org.ec

AECID
Avda. Reyes Católicos s/n
28001 Madrid-España
Secretaría General de la AECID
Telf.: 91 583 8149/ 8182/ 8139
Fax: 91 583 8234
www.aecid.es

ISBN: 978-9978-67-359-1
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imagen de portada: © Jorge Perugachy, 2011
Serie Mujeres Andinas
Imprenta: Rispergraf C. A.
Quito, Ecuador, 2012
1ª. edición: mayo 2012

El presente libro es una obra de divulgación y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

Introducción	7
<i>Luis Verdesoto</i>	

Parte I **Unión Europea**

La presidencia española de la Unión Europea: su visión hacia América Latina	19
<i>Ricardo Peidró Conde</i>	

De la subsidiariedad emocional al diálogo entre pares	27
<i>Ana María Sanjuán</i>	

Parte II **Planteamientos generales**

La cooperación española en la Región Andina	33
<i>Gustavo Pedraza</i>	

Parte III **Casos nacionales**

La década de oro de la cooperación internacional con España	53
<i>Grace Jaramillo</i>	

Descolonizando las relaciones Bolivia-España. Continuidades y cambios en los procesos migratorios actuales	59
<i>Alfonso Hinojosa y Germán Guaygua</i>	

De la apertura comercial y la liberalización de las inversiones a las nuevas formas de integración económica y productiva	71
<i>Víctor Álvarez</i>	

Parte IV
Migraciones

El derecho a la movilidad espacial y la migración entre la Región Andina y España	91
<i>Luis Eduardo Guarnizo</i>	

Parte V
Comercio

El comercio entre España y la Región Andina. Análisis gravitatorio	107
<i>Rodrigo Madrazo García de Lomana</i>	

Parte VI
Cultura

Desarrollo cultural	145
<i>Fernando Vicario</i>	
Cultura y desarrollo: España y los países andinos	153
<i>Luis Guillermo Lumbreras</i>	
La coproducción cinematográfica como alternativa iberoamericana	169
<i>Sebastián Cordero</i>	

Cultura y desarrollo: España y los países andinos¹

Luis Guillermo Lumbreras²

Cuando se trata de las relaciones históricas entre España y los países andinos, se parte del supuesto que ellas se definen a partir de los patrones hispánicos instalados por el régimen colonial vigente durante los siglos XVI a XVIII. Sus indicadores son la lengua castellana, la iglesia católica romana y un número considerable de instituciones, costumbres y hábitos. Eso justifica plenamente la existencia de una inmensa nación llamada Hispanoamérica, donde todos nos podemos comunicar con la misma lengua, la misma base ideológica y formas afines de comportamiento.

La historia nos informa que los españoles fueron ocupando, paulatinamente, los diversos espacios andinos, reproduciendo los medios y mecanismos propios de su original modo de vida, en todos aquellos lugares propicios para el desarrollo de sus actividades. Ellos, venían de una larga experiencia intercultural, que tuvo un propio proceso de crecimiento antes de la penetración griega y romana, y luego un sólido aprendizaje de los muy desarrollados ‘moros’ del mediterráneo oriental. Sin duda, que traían consigo un consolidado paquete de experiencias de toda la sabiduría que dio origen a Occidente.

Fundaron ciudades ortogonales, moduladas según la demanda del proyecto colonial en el que estaban insertos, con una plaza de armas central,

1 Este texto fue elaborado con base en la transcripción de la ponencia presentada en el seminario “La Región Andina y España: hacia una reformulación de sus relaciones”, Quito, FLACSO, 2010.

2 Antropólogo, arqueólogo y educador peruano.

que alojaba un templo católico como sede del poder religioso, una casa de gobierno para el ejercicio político, que muchas veces se limitaba a la casa del Cabildo, y unas cuantas casonas para albergar a los 'principales' habitantes del lugar. En los demás solares o manzanas –dispuestos en damero– se instalaban otros templos, otras casonas y también las casas de los demás habitantes. Allí, vivían los españoles y sus allegados, que podían ser 'mestizos' –hijos de españoles con nativas– y algunos indígenas, e inmigrantes forzados (esclavos africanos) proveedores de servicios, cuyas familias formaban la periferia urbana. La ciudad era un asentamiento de élite.

Fuera del espacio urbano, en el campo o las inmediaciones de la ciudad, vivían los 'otros', cuyo idioma era el quechua, el aymara u otras lenguas nativas, y cuyas creencias, instituciones y costumbres eran, por cierto, distintas a las de los españoles. Se instaló, entonces, una relación entre diferentes, con un eje de comunicación vertical u oblicuo, de arriba hacia abajo –nunca horizontal–, y un poder que se sustentaba en toda clase de justificaciones, desde el derecho de conquista y el poder de las armas o la existencia de un solo Dios verdadero, hasta el sustento del teorema de la evolución lineal, que ubica a los europeos en la cúspide de una historia universal que registra la experiencia de todos los pueblos del mundo como un proceso único, que no es otro que una secuencia del particular proceso histórico europeo-occidental, gestado en el Mediterráneo, con la civilización en las ciudades y la barbarie en el campo.

Cuando llegaron los españoles, en 1532, el mundo andino vivía una etapa de desarrollo complejo, que los hispanos identificaron como equivalente al Imperio Romano, vigente en esa parte de Europa más de mil años atrás. Dentro de su lógica evolucionista, nos llevaban unos mil quinientos años de adelanto histórico. Los demás pueblos americanos estaban aun más atrasados, con excepción de los Mexicas, que estaban en un estado similar al de los andinos. Desde entonces fuimos considerados 'pueblos jóvenes', que requeríamos tutela y aprendizaje para madurar y llegar a la altura de los españoles. La noción de crecimiento o progreso, y por tanto de futuro, se asoció fervorosamente a la búsqueda paradigmática del modelo europeo. A nadie se le ocurre u ocurría que el futuro podía ser diferente, tal vez con una línea evolutiva de fuente nativa, con todos los mestizajes y sincretismos que la convivencia genera.

Tawantinsuyu era el nombre del inmenso territorio que cubría el Estado Incaico y que comprometía una multitud de pueblos de desarrollo desigual, entre el sur de Colombia, y todo el eje longitudinal de Ecuador, Perú y Bolivia, el norte y centro de Chile y el noroeste Argentino. Eso, incluye a todos los países del occidente sudamericano. Era un Estado multinacional, multiétnico y multiligüístico, sujeto a los Incas por algo más de un siglo. Se presume que el último emperador, Wayna Qhapaq, falleció entre 1524 y 1527, después de unos cuarenta años de reinado, coincidiendo con el tiempo en que Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque formaban en Panamá una empresa comercial para explorar estas tierras en busca de oro o cualquier tipo de riquezas.

Si bien el Imperio había iniciado su expansión entre 1420 o 1430, unos cien años antes del arribo de los españoles, Wayna Qhapaq, el tercer y último Inca emperador, se enfrentaba a la necesidad de consolidar el poder y develar las rebeliones de los pueblos recién sometidos. De otro lado, las campañas de conquista, como la del norte del Tawantinsuyu, estaban en plena fase de consolidación. Él debió coger la peste en sus campañas en el norte del Imperio, cuando falleció estaban en proceso de incorporación los Pastos, al norte de la línea ecuatorial y los Caranquis tenían aun el recuerdo vivo de la guerra que TupaYupanki y Wayna Qhapaq habían desatado para someterlos. El reino de Chimor, en la costa norte del Perú, había sido incorporado en el último tercio del siglo XV, y había pueblos como los de los Chachas, recién conquistados, y los Diaguitas argentinos y chilenos, que habían sido apenas sometidos al proyecto imperial. Los Wankas y otros pueblos quechuas que habían sido sometidos por la fuerza, nunca estuvieron conformes con el vasallaje cusqueño, tenían una permanente actitud de rebeldía que la mantuvieron cuando llegaron los españoles, a quienes se aliaron para dominar a los Incas. Sin duda, una tarea importante de los jefes era impedir el ascenso de los *curacas* y pueblos rebeldes, opuestos a las innovaciones económicas y políticas que pretendía la gestión imperial.

Los españoles encontraron un país en proceso de homologaciones diversas, donde había una *lingua franca* originaria del Cusco –aun cuando se mantenían las lenguas regionales y locales– una serie de prácticas y creen-

cias religiosas, con dioses y héroes también locales, junto a una religión ligada al poder imperial y un mosaico de costumbres unidas a un progresivo apego a ciertos códigos de conducta formalizados por el Estado. Era un inmenso país en formación, que intentaba la difícil unidad de los diversos.

En España, los reyes católicos habían logrado, en 1492 –el año que Colón descubría América–, expulsar a los ‘moros’ que tuvieron el dominio de la península por ocho siglos. Así, se configuró el Reino español, que se puede decir que nació con vocación de Imperio, uniendo el Reino de Castilla con el de Aragón, agregando pequeños otros reinos y behertrías del norte y oeste de la vieja Iberia romana. Casi de inmediato, incorporó a los inmensos territorios americanos y los puso bajo su dominio.

Pero, el proyecto iberoamericano no nació de una política de Estado, sino de la voluntad expansiva de los comerciantes mediterráneos. España vivía una etapa llena de conflictos y necesidades. Había estado durante siglos en condiciones de guerra casi permanente, sin una conducción central propia. Recién tenía reyes con el dominio unificado de la península y, por tanto, era una institucionalidad en construcción, con muchas indefiniciones de estructura, como lo demuestran las sucesivas reformas y contrarreformas de los Carlos y Felipes.

Expulsados los ‘moros’ de Granada, dando fin a la cruenta “campana de la reconquista”, expulsados todos los ‘infeles’, incluidos los judíos que no practicaban el cristianismo católico romano, España se inscribía como nación, con una ideología católica radical, teocrático militarista. Era un país que se definió con una matriz goda, ibérica y mora, de fuente mediterránea y, desde luego, con varias lenguas, algunas muy distantes de la matriz latina, como el euskera de los vascos.

Todos estos componentes definieron una postura nacional muy propia, que es la que llegó al llamado Nuevo Mundo, con un perfil dogmático y radical, donde la cruz cristiana era una espada y su héroe principal un santo –Santiago–, que barría con su sable y su caballo a los ‘moros’, con apoyo de Dios. Llegó la hispanidad, con la “reconquista” a cuestras y la gloria de los castellanos y catalanes, seguidores de Isabel y Fernando, vencedores de los ‘moros’. Estaban convencidos que matar en nombre de sus códigos católicos los liberaba de toda culpa, de modo que los que no eran católicos romanos podían ser juzgados y muertos como un acto de

purificación que Dios bendecía y agradecía. Estaban convencidos que todos los criterios humanos debían estar sujetos a los divinos, incluyendo los de la propiedad, por lo que era lícito apropiarse de lo ajeno si esa era la voluntad de Dios.

Llegaron los españoles en medio de las carencias heredadas de las feudalidades vigentes y vividas. Por eso, el descubrimiento y la migración española a las nuevas tierras, no fue una aventura graciosa, sino una demanda por espacios de sobrevivencia. Los mercaderes salieron en sus embarcaciones en busca de riquezas y no de aventuras por los mares ignaros. Iban detrás de ciudades doradas, pero también, de tierras para sembrar el trigo que estaba escaseando en su tierra, de campos para la vid, la oliva y, por cierto, de los pastos para sus animales. A la par que oro buscaban comida. Eso los transformó de guerreros invasores en inmigrantes asentados en el curso de los siglos XVI y XVII. No eran colonos, eran soldados y marginales, que pronto descubrieron la posibilidad de una vida diferente, que imitó las jerarquías vistas en las cortes, donde optaron por convertir a los nativos en siervos, y aún esclavos, al servicio de plebeyos imitadores de los nobles y sus caporales, sin ejercicios nobiliarios y expectativas cortesanas. Así, fue como nacieron las Encomiendas y se construyeron los Corregimientos, aún cuando las riquezas de la colonia fueron atrayendo a algunos hijosdalgos con hábitos terratenientes, que contribuyeron a formar una colonia menos brutal.

Todo eso ocurría cuando las otras naciones europeas también nacían, de la mano del capitalismo, abalado por el mercantilismo y el ascenso de la industria, bajo la batuta de una ascendente burguesía que financió las cosas nuevas de los ‘tiempos modernos’, conduciendo los subversivos alzamientos de la Revolución Industrial en Inglaterra, Francia, Alemania y sus vecinos desde el siglo XVII en adelante. Todo cambió en todas partes. Nació la civilización que ahora conocemos, con unos países soberanos y otros países colonias. Fuimos creciendo en simultáneo, unos como pueblos libres y otros como dependientes, dentro del mismo proceso. El trabajo de todos fue generando una acumulación de capital cuya distribución benefició más a unos que a otros, dando como resultado que los unos fueran ricos y los otros pobres. La riqueza y la pobreza siempre circulan juntas, separando los espacios y los signos; las colonias ocupamos el lado

de los menos beneficiados, aún cuando se mantenían, en las ciudades, los enclaves de corte europeo rodeados de la barbarie nativa rural.

Esa barbarie nativa no quedó congelada. Mientras España y sus colonias procesaban sus propios cambios en medio de los tiempos modernos, provocando los cambios que se daban en las ciudades coloniales de los siglos XVII y XVIII. El sector nativo se insertó en un proceso de grandes transformaciones, donde los pueblos andinos, a diferencia de los criollos y españoles —que andaban preocupados en reproducir los avances peninsulares que les llegaban lentamente—, hicieron suyo todo lo que llegaba y construían un mundo efectivamente nuevo.

La ciudad hispana no cambió la estructura urbana que ya existía en los Andes. Su condición era la de un enclave del poder civil y religioso, como lo era también la ciudad que los Incas generalizaron en todo su Imperio. Su modelo ortogonal, con el templo mayor en el centro, el palacio de gobierno y los principales edificios públicos en el entorno, no era nuevo, pues así era el Cusco y todas las instalaciones urbanas andinas. Allí, vivían los funcionarios y la élite reconocida por el poder, los mismos que ocupaban el espacio urbano nativo. Sólo eran diferentes la forma y uso de los templos y los palacios, pero, no tan diferentes, dado que en varias ciudades incaicas se pudieron superponer los edificios españoles sin variar la ubicación de las plazas, las calles y las manzanas o ‘canchas’ indígenas. En el Cusco, se puede decir que la ciudad española reproduce la planta de la ciudad Inca, usando incluso los muros originales.

Pero, el campo era otra cosa. Los líderes indígenas siguieron siendo los mismos que en los viejos tiempos, aún anteriores a los Incas. La población, si bien diezmada por las guerras, las plagas y pestes, siguió siendo la misma. No estaba contaminada por los habitantes de las ciudades, que habían logrado expulsar a los antiguos habitantes nativos, que en ciertos casos se vieron obligados a asumir una generalizada condición rural. El no estar contaminada, especialmente en el ámbito doméstico, dominado por las mujeres, permitió el mantenimiento de las lenguas y muchas costumbres indígenas. El hacendado, o los viejos encomenderos y corregidores optaron por aprender la lengua nativa, aunque muchos tenían allegados indígenas ladinos, que aprendieron el castellano. Los predicadores religiosos, que la conquista usó para penetrar en el territorio —con el pretexto de

“civilizar” y “extirpar” a los “infeles”— tuvieron que aprender la lengua y jugaron un papel destacado en el mantenimiento de los idiomas nativos, especialmente, el quechua o kichua que divulgaron por el territorio colonial como lengua evangelizadora, llegando a establecer la Cátedra de Quechua en las catedrales y universidades, produciendo y publicando valiosos libros en esta lengua, que se clausuraron cuando los criollos tomaron el poder en el siglo XIX.

Todo eso es lo que se pudo mantener, pero detrás estaban los cambios importantes. Todo el mundo andino, al igual que Europa u otros territorios, organizaba su vida a base de un dominio dado de las condiciones materiales de su existencia. Ese dominio se iniciaba con un proceso de domesticación de las plantas y animales de su medio, que garantizaban su subsistencia mediante el cultivo de un complejo de cereales, tubérculos, frutas, etc., asociado a la cría o domesticación de ciertos animales. Esto se había producido en los Andes, al igual que en otras partes, luego de haber pasado por una larga ocupación del territorio, apropiándose de los recursos naturales enteramente formados y conociendo, por tanto, sus hábitos y relación específica con las condiciones del medio. Eso se conoce como *neolitización*, que es cuando se introducen determinados lazos de asociación, de tipo tribal, consolidando asentamientos estables que se conocen como sedentarios.

A partir de la neolitización, los pueblos adquieren una progresiva identificación con su medio, generando hábitos de trabajo, formas de trato de la tierra, con las alteraciones que hacen posible su uso, aplicando procedimientos de riego o incremento de suelos fértiles. Las ‘civilizaciones’ nacen allí. Hay formas de trabajo y de vida, que se forman al sembrar, cuidar y cosechar papas, quinua, ocas y otras plantas. No es lo mismo criar una manada de alpacas que una de reses o caballos. Es más, de esas plantas y animales y sus requerimientos de trabajo, nacen sabores, aromas, colores y artes que nutren las costumbres de los pueblos y los hacen parecidos o diferentes entre sí. La comida de cada día es un acto ritual, pero, se asocia con el acceso a los bienes de consumo, definiendo hábitos y formas de división de trabajo.

El área andina no era un lugar fácil para los viajeros que venían de Europa. Tanto el Caribe como las costas del Atlántico eran accesibles por mar, directamente, desde los puertos españoles o portugueses. En cambio,

no había una entrada directa al mundo andino, había que cruzar por tierra el istmo de Panamá y construir embarcaciones para navegar por el océano Pacífico. La otra forma de llegar era dando la vuelta a todo el continente por el sur. No era, pues, un territorio fácil para los comerciantes, cuyos costos de flete eran muy altos. Eso hacía difícil trasladar bienes europeos para uso y consumo de los españoles. De cualquier modo, el 'rescate' del Inca Atawallpa y los mitos del Dorado, aflojaron las dificultades y los marqueses, condes y ariscos comerciantes se animaron a llegar a esta tierra.

Pero, las cosas no quedaban allí. Se había iniciado el proceso con pugnas y conflictos entre los *conquistadores*. En 1537, Diego de Almagro sitió el Cusco, en guerra contra Pizarro. Los Pizarro le hicieron frente, ejecutándolo en 1538. Luego, los almagristas ejecutaron a Pizarro en 1541. Ocho años después de haber invadido Cajamarca, todos los socios de la conquista estaban muertos, asesinados los unos por los otros. En 1542, se iniciaron las *guerras civiles*, donde terminaron de matarse entre ellos, completando el espectáculo de la *conquista*. Eso, iba a la par de medidas de presión social indígena contra los andinos que no se resistieran a las órdenes de los españoles; hechos como el vestir a la usanza europea o asistir a los actos religiosos católicos, eran reprimidos con medidas como el corte de cabello, la burla, el aislamiento y la aplicación de castigo físico.

Los españoles no llegaron solo con sus armas, sus caballos y su religión. Ellos traían una forma de vida y un sinnúmero de instrumentos de trabajo, utensilios y formas de producción y, cuando viajar a los andes se convirtió en una expectativa deseable, llegaron también muchas personas, con oficios de los más diversos; y también mujeres, con las que no contaban las huestes iniciales, por lo que los españoles se habían unido con muchas indígenas locales. Diego de Almagro se casó con una panameña y Francisco Pizarro con una cusqueña. En 1549 se dio un decreto limitando privilegios tales como disponer de indios de servicio y, por tanto, convivir con ellos, dando paso a la formal discriminación étnica y racial. En realidad, el único mestizo que llegó al poder fue Diego de Almagro hijo, cuando tomó la casa del gobernador Pizarro luego de matarlo, en 1541. Estuvo un año y medio, luego se le ejecutó e instauró el Virreinato. Los mestizos pudieron llegar al poder sólo trescientos años después, luego de la emancipación política.

Pero, la historia de los acontecimientos es más compleja que eso. En realidad, lo que ocurrió a partir de 1534 fue una transformación global en los andes, con incidencia en todos los niveles de la actividad social, cuyas consecuencias aun están vigentes. Todas las relaciones sociales cambiaron, desde el ámbito de las fuerzas productivas con capacidad de resolver las demandas de subsistencia, hasta el de las relaciones de poder en todos los niveles. Con ellas, cambiaron las formas de vida y de pensamiento. Nada quedó en su lugar.

Si bien los cambios se iniciaron pronto, sólo tomaron su real dimensión luego de un interludio económico, político y social, durante el cual todo lo previo fue desmontado. Sin este interludio, las condiciones del cambio hubieran sido diferentes, seguramente más difíciles para el ingreso de las innovaciones, que requerían de un espacio histórico suficiente como para poder operar con ventaja sobre las condiciones sociales previas. Ese interludio fue el estado de guerra permanente que se dio entre 1532 y 1548 y que continuó, aunque debilitado, hasta 1572, cuando finalmente se instaló el Estado español, con un proyecto colonial definido. Entre las escaramuzas, quedaba muy poco del viejo país, que tenía perdidas su infraestructura productiva y la mayor parte de su gente. Al final del siglo, de los cuatro, ocho o doce millones de habitantes indígenas –para el caso es igual– sólo quedaba 1 millón. Los demás, murieron.

El período bélico que se inició en Cajamarca en 1532, continuó con la toma del Cusco y la insurrección de Manco Inca, las guerrillas de Vilcabamba y los conflictos entre pizarristas y almagristas, y luego las *guerras civiles*. No paró hasta 1548, cuando el 'Pacificador' Pedro La Gasca intervino, ejecutando al último de los Pizarro, don Gonzalo, quien se había declarado gobernador del Perú en 1544, luego de matar a Blasco Núñez de Vela, quien fuera Primer Virrey por algo más de un año. Durante estos quince años de guerra continua el país se detuvo, y se abrieron las puertas para el proyecto colonial.

La mayor parte de los campos de cultivo se mantuvieron inactivos, no sólo porque los campesinos estaban en las guerras, sino porque la tasa de muertos se incrementaba año tras año por las nuevas enfermedades que arrasaban a poblaciones íntegras, desde la gripe, con sus secuelas bronquiales y pulmonares, hasta la peste bubónica, el cólera, el sarampión, la

viruela o la tos ferina. Ni los españoles, ni los nativos sabían como enfrentarlas.

El abandono de los campos en otras condiciones no sería tan grave, si no fuera porque en términos andinos, eso implicaba restaurar la infraestructura agraria que los sustentaba. Una parte significativa de los cultivos dependía de las instalaciones hidráulicas que cada año debían ser mantenidas para evitar la invasión de los canales y la salinización de las tierras. Todo eso implicaba mantenimiento cuidadoso y organizado, estacional. El abandono de la infraestructura inhabilitó los campos, y su abandono por más de diez períodos agrícolas fue fatal. Hacia 1549, cuando Cieza de León recorría el país escribiendo su crónica, advirtió lo que estaba pasando, lamentando las consecuencias de esta situación.

En los inicios de la guerra no fueron notables las carencias, pues pudieron abastecerse de los alimentos que, celosamente, habían guardado los pueblos en sus instalaciones para almacenar víveres, dispuestas a lo largo de todo el QhapaqÑan o camino principal. Esos depósitos fueron vaciados. De ellos también, extrajeron telas y pieles para abrigarse y calzar. Al mismo tiempo, arrasaron con los pocos bosques que había, tanto para construir casas y hacer muebles, como para tener fuego.

Las ciudades incaicas se despoblaron. En algunos casos de manera total. De ese modo se produjo una desconcentración poblacional que, sumada a la despoblación, provocó un paisaje demográfico desolador. Se calcula que, entre 1532 y 1548, la población se redujo a la mitad³. A fin de siglo quedaba sólo el 10% del total, el restante 90% había muerto.

Así pues, conseguir mano de obra para restaurar la infraestructura agraria abandonada, restableciendo el flujo de agua de los canales y de servicio a los andenes, se volvió asunto muy difícil. La opción fue usar todo lo que no implicara costos tecnológicos, especialistas, ni trabajadores, usando las tierras de secano y las que tenían riego operativo. Así, se redujo el área productiva a algo menos de 50%, tal como se mantiene hasta la actualidad, iniciándose un proceso de *desneolitización* del mundo andino,

3 Según los cálculos de H.F. Dobyns (1966), en 1523 habría una población de 32 millones de habitantes en el Tawantinsuyu, y en 1530 era sólo de 16 millones (debido a epidemias), y en 1548 tendría apenas unos ocho millones. C. Noble David Cook, más conservador, calculaba la población en 2 738 673 para 1530 (después de las plagas de 1524-26), y en 1 801 428 para 1550.

dado que uno de los logros más importantes de la neolitización fue la generación de los medios artificiales de producción, con una tecnología apropiada para el manejo óptimo de las condiciones naturales, con canales de riego, camellones, terrazas, etc.

Pero, ese es sólo un aspecto de este cambio estructural. Otro, tanto o más grave, fue el proceso de la *re-neolitización* del mundo andino. Esta vez, no se trataba de la domesticación de plantas y animales nativos, como ocurrió durante el proceso de neolitización de los andes. Esta vez, se trataba de implantar en terrenos tropicales, animales y plantas de ambientes fríos o templados, ubicados al norte del Trópico y por tanto con exigencias de clima, agua y, sobretudo de suelos, muy distintos a los que eran disponibles aquí. Estos animales y plantas habían pasado por procesos de neolitización muy exitosos, tanto en Asia como en Europa; algunos de ellos de origen tropical. Su implantación en los Andes, significó un radical cambio en los paisajes y una reestructuración general de los cánones de consumo de agua y uso de suelos. En realidad, gran parte de la tecnología andina previa, no servía para los procesos de siembra, cosecha y almacenaje y mucho menos para la crianza de animales europeos. La infraestructura –incluida la que se abandonó por la guerra– tampoco era muy útil. De otro lado, en la medida en que el medio ambiente era distinto al europeo, hubo que crear nuevos procedimientos para adaptar plantas y animales a estos nuevos espacios, sacrificando en muchos casos, la cantidad y calidad de los productos.

La cantidad de plantas y animales importados en este tiempo es asombrosa, junto con otros rubros de esta ‘revolución’ del siglo XVI. Su implantación no sólo fue cuestión de tierras y agua. Estuvo acompañada de toda la parafernalia asociada a su producción, conservación y consumo. Por ejemplo, el trigo se asocia a los molinos para su conversión en harina y luego a la panadería para su conversión en pan o pastel. Todo eso exige hornos, y entonces, leña para combustible. Eso da lugar, según la demanda, a especialistas dedicados a su producción. La caña es más exigente para la producción de azúcar o alcohol, a que está destinada y lo es también la aceituna u oliva para producir aceite, o la vid para producir vino.

Cada producto tiene sus exigencias de tiempo y cuidados, además de condición de suelos, calidad y disponibilidad de agua y sol. Los europeos

sabían cómo operar en su tierra, y lo implantaron aquí, superando las dificultades de adaptación. En verdad, no cesaron de crear nuevas estrategias de cultivo e importar cada vez más productos. Las técnicas hortícolas, de cultivos en espacios limitados o huertas, fueron un ensayo que, en muchos casos, quedó establecido como la forma permanente de cultivo. La implantación del arado, con ayuda de bueyes, y su adaptación a los declives andinos fue notable y se fue generalizando con rapidez. Esto implicó un fuerte cambio en los hábitos de trabajo de los agricultores, no sólo en términos de suplir surcos por hoyos, sino en la distribución de las tareas de siembra, fuera de los hábitos de trabajo necesarios para la cosecha y siembra de plantas como el trigo o la cebada.

En realidad, todos estos cambios estuvieron asociados a los hábitos de consumo de españoles y nativos. Los primeros, preferían los productos de origen europeo, los últimos continuaban consumiendo los suyos, los que además, por tener una producción de menor costo, les era más accesible. Pero, igual, el uso de las mejores tierras y fuerza de trabajo disponible, sobretodo en relación con las ciudades, cambió el paisaje e introdujo nuevas formas y relaciones de trabajo.

Los cambios fueron más allá del fuero agropecuario. También, afectaron la producción manufacturera, que hasta entonces tenía un ámbito artesanal, que si bien no fue rotundamente alterado en la producción de telas, vajilla y otros bienes de consumo doméstico, introdujo primero el uso y más tarde la producción del hierro, el vidrio, la porcelana, sin contar la pólvora y asuntos mayores como la navegación a vapor y la rueda. Todo eso movilizó, igualmente, el interés en la ubicación de las fuentes de materia prima. La guerra no permitió que todo esto se hiciera de manera regular y eficiente, pero, no impidió que se hiciera, dadas las demandas y necesidades de los cientos y luego miles de migrantes europeos que llegaron detrás de las legendarias riquezas de oro.

Pero, una revolución no es tal si no afecta las estructuras establecidas como sustento de las relaciones sociales vigentes. Y, en este campo, los cambios fueron rotundos, modificando las estructuras de articulación y poder vigentes, e instalando nuevas relaciones sociales de producción, sustentadas por fuerzas productivas significativamente nuevas, que arrastraron consigo a las que ya existían en los andes, ya sea incorporándolas o

rechazándolas. Quedaron marginadas las que no correspondían a las demandas del proyecto colonial y otras fueron abandonadas. De hecho, se abandonaron muchas de las estrategias y formas de producción que habían permitido el desarrollo de las civilizaciones andinas, lo que, visto en perspectiva histórica, fue una de las causas principales del grave deterioro económico y social del mundo andino.

Desde luego, ni los españoles ni los nativos eran conscientes de lo que estaban viviendo, ni mucho menos de cuáles iban a ser las consecuencias de sus actos. Las urgencias del momento eran dominantes. En 1549, se estableció un formal reconocimiento de las propiedades comunales de tierras de los *ayllus*, como una medida para proteger a la corona del peligroso desarrollo de la propiedad privada de la tierra en manos de hacendados y encomenderos y, a la par, como una medida para 'sanear' la potestad jurídica española sobre las tierras del Perú. En estas circunstancias entró a funcionar la explotación de las minas de Potosí, descubiertas en 1545. Aquí, comienza otra etapa de la historia andina, que traslada su ámbito de actividad agropecuaria y artesanal a la de la minería, donde lo que se produce tiene un marcado destino exterior. Los países andinos comenzaron a ser abiertamente ajenos, dependientes de la demanda externa.

En medio de este consolidado de condiciones nuevas, es claro que el espacio rural fue el indicador de los cambios. Los habitantes originarios, consignados como *indios*, pasaron de su condición nativa a la de ser conductores de lo nuevo, distinto de lo europeo, manteniendo sus identidades subsumidas en códigos de servidumbres no declaradas. Eran ellos quienes conducían los bueyes para arar los campos de la nueva forma; quienes cuidaban las reses, los caballos y los burros; quienes plantaban el trigo y la cebada, y alimentaban a los cerdos. Hacían el trabajo de arquitectura e ingeniería rural y apoyaban a lo que se extendía hacia la ciudad; preparaban la tierra y cosechaban sus frutos. Nadie mejor que ellos para saber dónde sembrar y pastar. Todo el siglo XVII fue una etapa de aprendizaje y adaptación de los nuevos procesos productivos y de aprendizaje también de las costumbres, los hábitos, las virtudes y defectos de los españoles.

Antes de finales del siglo XVI, ya había *indios ladinos* que movilizaban y aplicaban la jurisprudencia española y sus catálogos de cumplimiento y evasión. En el siglo XVII ya eran juristas expertos y estaban insertos en

todas las instituciones españolas, tanto civiles como religiosas, y aún militares, como ayudantes, asesores y consejeros laterales e ilegales. Pronto los capataces y tinterillos comenzaron a hablar el castellano y a vestir a la usanza de los españoles, cubriendo los espacios de la producción de bienes de consumo que no estaban bajo el dominio de los hispanos. Ahí fue que los curacas dejaron sus tocados y los reemplazaron por sombreros, adaptando las camisas y calzones de la moda popular. En el siglo XVII, los *curacas* –llamados caciques por los españoles– demandaron del Imperio hispano el reconocimiento de sus títulos y preesas, trasladando sus símbolos de poder al vestido y usos de los poderosos cortesanos de las provincias. Retomaron los signos de realeza incaica y hay retratos que nos muestran a las señoras y señores curacas con atributos similares a los de los españoles. Varios de ellos se alzaron como parte de sus demandas, hasta que uno de ellos lideró un alzamiento armado que conmovió el viejo país en su conjunto. Tupaq Amaru II era un ilustrado curaca burgués del Cusco que asumió el activo y el pasivo de los alzamientos nativos que durante todo el siglo XVIII habían conmovido el Virreinato del Perú.

El alzamiento reclamaba reivindicaciones sustantivas de los peruanos originarios dentro del régimen político de España. La respuesta fue terminante, con sanciones extensivas a todos los que apoyaban el pensamiento tupamarista. Los criollos participaron en la respuesta estatal y definieron una opción anti-indígena, que ahondó las diferencias existentes entre los criollos y los nativos.

Esto se daba, de otro lado, en la circunstancia de un descontento generalizado que en contra de la corona se fue gestando en las colonias, en el marco de los alzamientos burgueses que propiciaban los franceses, ingleses y alemanes en Europa, que levantaron sus proclamas revolucionarias durante el siglo XVIII. Las burguesías criollas azucarera del norte y ganadera del sur definieron finalmente su opción emancipatoria y comprometiendo a los criollos de toda el área andina, lanzaron la consigna de la República como modelo de las colonias liberadas. Así fue, y en el primer tercio del siglo XIX, España perdió sus colonias, formándose las repúblicas.

Entonces, los criollos asumieron el poder. Instauraron una democracia que excluía a los nativos y bajo comandos militares establecieron un régimen político que abiertamente se proclamaba como dictatorial y que

se dedicó a radicalizar las medidas anti-nativas partiendo de la premisa de que todos éramos iguales si cumplíamos con los códigos de respeto a los cánones hispánicos, hablando en castellano, siguiendo la doctrina católica-romana y obedeciendo las leyes impuestas por el régimen colonial. La evolución de los países los condujo a asumir la tesis de que el país era mestizo –es decir una mezcla de hispano y colonial– y que los mestizos eran ellos, y el resto indígenas.

Los criollos no eran diferentes a los españoles que expulsaron, sólo que eran más radicales en la aplicación de sus consignas, pero los indígenas eran muy diferentes, no sólo porque ya no se vestían como sus antepasados y porque sus costumbres eran un modelo de sincretismo, sino porque todo el mundo andino era de ellos, aun cuando los mecanismos del poder no lo eran. Los trigales y pastizales eran suyos y los animales de España ya eran de acá, con modelos de comportamiento adaptados a las condiciones de acá. Si bien aun existían algunos tunantes criollos y la música y los instrumentos de cuerda y de viento aun persistían en las ciudades, eran más propios de los pueblos donde la cultura llamada indígena era dominante. Es así que, junto a la quena del ande, el violín y la guitarra, o más bien el arpa, forman el marco instrumental de la música indígena, que creó el wayno y el waylash. Nada de eso es nativo, pero tampoco es criollo.

Es obvio que el mestizo es un habitante rural, que vive en los pequeños pueblos y canta en lengua nativa. Ellos son los que identifican a nuestros países y que por tanto definen la opción de futuro que está en el marco de todas las relaciones entre países. En las ciudades se copian las cosas que se dan fuera; en el espacio rural se procesa lo propio y aún lo externo pasa por la criba del juicio tradicional vigente, que no es otro que la capacidad de adaptarse a las condiciones históricas y naturales dentro de las que se inscriben todos los cambios.

Esa es la pauta de relaciones que se debe rescatar en cualquier proyecto de futuro. La duda y sensación de ‘atrasos’ estructurales, sólo es perceptible en la esfera de lo que no es auténtico en la tierra. En efecto, nuestras ciudades podrán copiar los modelos de edificios del patrón europeo o norteamericano, pero, mientras procedemos a copiar el modelo, allá avanzarán con lo suyo y nunca podremos ser otra cosa que un vulgar remedo de lo que cada vez que lo logremos, ya será pasado.